

Claveles rojos en la Aguja de Ansabere

POR JAVIER AMATRIA SAN JOSE

*A Pedro Feliú Dord (†).
Quiso fuertemente a la montaña.*

11 DE SEPTIEMBRE DE 1966

Aún en las primeras horas de aquella radiante mañana, el sol imponía fuertemente su soberano dominio sobre nuestro caminar al iniciar los primeros pasos en aquellas verdes lomas —cubiertas de cálida y olorosa vegetación aquel día—; caminar éste que nos llevaría con fatiga y sudor al lejano, tieso y árido Petretxema.

Entonces, no pude por menos recordar la última visita realizada a este mismo monte el ppdo. 5 de Junio, con parecido y triste motivo, en la que los elementos no estaban de modo alguno de nuestra parte. El agua, la nieve y el frío hicieron aquellos parajes muy duros. Y tuvimos que retirarnos, con pena y sufrimiento.

El sol luminoso de aquel día, la falta de nubes en el cielo, y también la ausencia total de brisa alguna que refrescaría el ambiente nos preparó el ánimo para el resto del duro día, precisamente por todos los elementos contrarios a la anterior visita. Así es y tiene que ser el montañismo. Superación. Pero superación constante.

Los numerosos autobuses que a tan animosos montañeras y montañeros habían traído hasta el fondo del precioso Valle de Zuriza después de una buena madrugada y un largo viaje, se habían quedado ya inmóviles, silenciosos sus motores, en espera de que, en pocos minutos, su interior pudiera tener un parecido a la antesala del infierno. Tal era el calor que hacía.

Los coches ligeros, bien empleado en esta ocasión su sobre-nombre, entre saltos, piruetas y rocas buscaron cobijo a la sombra calurosa de aquellas centenarias hayas. Mientras tanto el valle, poco a poco, recobraba casi su natural silencio al quedarse sin nosotros. Y hasta bien entrada la tarde no podría recobrar su habitual y serena calma trastocada por las docenas de autobuses y coches allí presentes.

A los que subíamos paso a paso y también sabíamos que en 7-8 horas el sol, la pendiente y la sed serían fieles acompañantes, nos acongojó un poco tal masa de asistentes. Pero marchábamos ilusionados, éramos muchos cientos y amigos todos del mismo ideal. LA MONTAÑA... el más puro de los deportes. Frecuentemente me volvía para contemplar y descansar al unísono y poder ver aquella

multicolor y larguísima fila montañera que, a una simple llamada de hermandad, subía y sufría —con alegría y sed, mucha sed— por todo aquel inacabable y pendiente sendero que nos llevaría a todos a la cumbre en la que cumpliríamos un deber. Aquel día, sin duda alguna, ningún montañero navarro faltó a la cita dada por nuestro ORI-MENDI.

Tú tampoco faltaste, Pedro.

Lo supe al caminar un rato junto con tu hermano Marcos, que marchaba acompañado del benjamín de la familia y que, como todos vosotros lleva el montañismo en la sangre. Lo supe al preguntar por el resto de los Feliú. Pero, ni tu hermano (al menos no lo dijo) sabía el objetivo del Grupo de escaladores navarros que ya estaban allí arriba antes de que amaneciera.

Y este objetivo fue delicado, fue bueno... Pedro.

Una vez alcanzada la cumbre rocosa de Petretxema, como a todos, la curiosidad me asoma al precipicio en el cual, meses antes, otro buen amigo nos dejó para siempre y, al fijar la mirada muda de respeto en las paredes vertiginosas de la famosa Aguja de Ansabere, un escalofrío de asombro hizo refrescar por unos segundos mi ser.

Allí, en la cima, suspendido y mirando aquellos pavorosos abismos, se encontraba entre las rocas y las pocas florecillas silvestres un ramo de rojos claveles... Era la amorosa ofrenda del GEDNA de NAVARRA a la memoria del fallecido Javier Auzmendi (q. e. p. d.), muerto en su vano intento de superar el ppdo. mes de abril aquellas terribles verticales de hielo, nieve y roca (1).

Desconozco si las flores sienten. Hay poetas que dicen que sí, que sienten, que hablan en un lenguaje mudo y silencioso. Aquellos claveles, no hay duda alguna, nos hablaban, nos invitaban a una profunda reflexión de amistad leal, sincera, montañera. Creo que, como todos, miraban asustados y temblorosos lo que con ellos hicisteis. Por ello, y no porque faltara un soplo de aire estaban tan «quietos»... como luego me dirías tú, Pedro.

Quietos de respeto. Quietos de amor. Del mismo amor y cariño con el cual, vuestro estupendo Grupo programó y realizó aquella ascensión silenciosa, sin testigos —como todo lo vuestro— jugando, desafiando y ganando con técnica de maestros aquellos horrorosos abismos en los que, un solo fallo, esperaba la muerte cierta. Y todo lo hicisteis únicamente para honrar la memoria de un montañero joven que vivió aguna escalada con vosotros y recordábais con sincera pena. Aquellos claveles, desde que fueron comprados aquí en Pamplona hasta que llegaron a su aéreo destino, es algo que mejores plumas que la mía deben de consignar en papel y crónica aparte. Yo, sinceramente, me creo incapaz de hacerlo precisamente por el cariño y amor que en ello pusisteis todos.

Sé y vi que, aquel día, hubo otras flores en la cumbre de Petretxema que también fueron ofrecidas con gran cariño, pero pronto, las pobres, fueron atisgadas por la multitud que llegaba a la cruz de la cima. Cuando un vibrante cornetín de «órdenes» (?), anunció la consagración en la misa, mi vista se apartó

(1) El ramo de claveles llevaba una cinta diciendo:

“EL GEDNA DE NAVARRA A J. AUZMENDI”

Las cordadas que subieron fueron:

Pedro Feliú y Federico Vega, por la “Vía del Extraplomo” y José M.^a Tabernero e Iñaki Tapia, por la vía “Cames - Sarthou”.

del brillo gris-azulado de los cañones de las armas que rendían sumisión al Altísimo y que estaba viendo junto a la Sagrada Forma y fue recta, como una flecha, buscando vuestro ramo de claveles suspendidos en el abismo. ¡Qué «quieticos» estaban, Pedro...! Creo vivieron también la emoción sublime de aquellos instantes y sintieron la maravillosa plegaria de amor que subía al Cielo implorando por un montañero amigo y salida junto y fuertemente de tanto y tanto corazón montañero.

Luego, Pedro, al felicitarnos de corazón por aquel bello gesto del Grupo —que no disteis importancia alguna al realizarlo— me contestaste que, «no era nada y que, lo importante, era enseñar a la gente con el fin de evitar cruces en nuestros montes». Como si ahora mismo fuera me acuerdo, ya que tú sólo contabas 21 años y podías, y también deseabas, enseñar a otros lo que ya sabías de los goces y peligros de la amada montaña.

De vuelta de la ascensión y repuestos en parte del calor pasado, horas más tarde en un bullicioso rincón de un escondido bar de pueblo, pude ver de lejos cómo cruzabas tu fuerte brazo con el de Iñaki Tapia, cada cual con una copa en la fuerte mano y, sin oírlo sentí como brindábais por alguna cosa de la montaña que, a buen seguro, aquí abajo se quedó sin realizar. Iñaki sólo lo sabe. Al veros, en aquel instante, me acordé por un instante de los rojos claveles que habían quedado allá arriba, solos, en la montaña que tanto querías y también te puso en dura prueba meses antes; solos ya mirando al cielo y a las brillantes estrellas de aquella noche azul.

21 DE NOVIEMBRE DE 1966

Han pasado dos cortos meses y días de la fecha anterior. Nada en el correr del tiempo. Pero todo ha cambiado para ti, Pedro. No hace tan sólo 10 días vi cómo levantabas acta, como buen Secretario que eras del GEDNA DE NAVARRA, de la Junta en que programásteis todas las actividades del Grupo para el año 1967. Con el jolgorio, bromas y risas de siempre se acabó aquella reunión. ¡Cómo me reí con Marcos de tu última e inocente «salida»...! He preferido recordarte así para siempre. Con nervios, con risas, ya que tú, Pedro, hiciste la última ascensión en esta vida. ¡Quién podía adivinarlo...!

Hoy, en esta fría y brumosa mañana de Noviembre, con un dolor de asombro y sorpresa que se ve en todos los rostros de los que te acompañamos a tu última morada, a donde te llevó cortísima y fatal dolencia; mientras el sacerdote guía nuestros rezos yo, un amigo de los muchos que están con los ojos húmedos de lágrimas y fría lluvia, recuerdo, con profunda emoción, los rojos claveles que solos quedaron en la Aguja de Ansabere. Estarán también muertos, fríos, cubiertos de hielo y nieve, como a ti te gustó estaría —hasta conquistarla— en aquella montaña que supiste vencer y más tarde adornar con un silencioso y bello gesto de amor.

Recuerdos como este y tu amistad vivirán siempre con nosotros.

Pedro, amigo y joven montañero, descansa en Paz.